



ELOGIO Y NOSTALGIA DE TOLEDO

No hemos pensado bastante—¡hay tantas cosas importantes en las que no pensamos!— en lo que significa un nombre, el nombre de las cosas. Al principio, nada; unas cuantas letras reunidas y colocadas sobre algo, sobre un ser vivo, sobre un objeto inanimado. Pero estas letras vacías se llenan después de la sustancia de aquello que representan.

Lo más fino, lo más entrañable del hombre, de la ciudad o de la cosa que se llaman así, se infiltran en su palabra nominativa, y el leerla o escucharla nos produce la misma emoción que la contemplación directa de lo designado. Mayor emoción aun que esa contemplación; porque el nombre es como el perfume de cada cosa, y, como el perfume, tiene un poder de evocación y de penetración en las capas profundas de la conciencia que a nada se podría comparar.

Y yo pregunto a los españoles si hay en las lenguas diversas de los hombres, uno solo que suscite en ellos una marea tan grande de cosas bellas, profundas y trascendentes como el nombre de Toledo.

Yo no era todavía toledano de adopción, sino sólo español, el día que lo supe. Hasta que un día hube de escribir a un amigo mío, que ya no existe y que habitaba ocasionalmente en la imperial ciudad. Toledo, tracé en el sobre, debajo del nombre de mi amigo. Y entonces fué cuando, de un modo súbito, como si al tocar un botón se descorriera una cortina y apareciese detrás la imagen entera y precisa de España, entonces fué cuando supe íntegramente que yo era español y lo que representa el serlo.

Porque decir Toledo no evoca una imagen apacible y abierta al mundo por la vía del mar, como el nombre de Cantabria; ni la opulencia de oro sobre fondo azul de las regiones levantinas; ni la gracia de los olivares, salpicados de cortijos blancos, de Andalucía; ni la bravura de Gredos, del Moncayo, del Pirineo, de las Alpujarras y de las otras serrantas ibéricas; ni siquiera el mar de espigas o las estepas ásperas y melancólicas de Castilla. Nada de esto; pero es todo esto a la vez: el símbolo de todos los retazos pintorescos y gloriosos con que está urdida la gran capa tendida al sol que es la Península Ibérica. Eso es Toledo; y, por eso, es la suma de seis civilizaciones superpuestas; encrucijada inmortal de todas las culturas; puente insigne entre el Oriente y Occidente; albergue de todas las religiones, y Roma de España. En este nombre breve está todo el genio de los poetas y de los cronistas que labraron y pulieron nuestro idioma, y los tajos por donde corrió durante siglos y siglos la sangría de los ejércitos de todos los ideales y de todas las ambiciones. Pero Toledo significa todavía algo más. Como tantos otros nombres de ciudades de España, el suyo iba en las naos aventureras, prendido en el corazón de aquellos hombres sobrehumanos que solemos llamar los conquistadores y debiéramos decir los civilizadores; porque no descubrieron tierras para ganarlas, sino

POR

G. MARAÑÓN

para llevar a ellas la luz; y por eso supieron perderlas con tanta naturalidad como las conquistaron; porque sabían que, después de iluminadas, lo de menos era ya dejárselas arrebatar. Y estos hombres dejaron en el Continente nuevo, entre las huellas perdurables de su paso, perdido en el camino, el nombre de su ciudad remota: Córdoba, Trujillo, Mérida, Cartagena, Santiago, Granada; y Toledo, varios Toledos, en el Norte y en el Sur.

Los vaivenes de la Historia nos fueron separando de estos países nuevos; y las ciudades de España olvidaron quizá que tenían, allá lejos, hijas suyas florecientes, que ostentaban su mismo nombre. Y acaso los cordobeses, los granadinos y los toledanos de América olvidaron también que se llamaban así porque en la Península lejana vivían, desde muchos siglos atrás, otros cordobeses y otros toledanos y granadinos, de donde fluye la sangre, cargada de solera, por sus venas juveniles. Ellos se incorporan, bajo sus nombres viejos, a las modernas estructuras de la vida. Nosotros también procuramos revestir de modernidad a nuestra transición multiseccular. Mas unos y otros no se dieron cuenta de que tenían una razón común de vivir y una inevitable semejanza de estilo en el hecho, en apariencia liviano, de tener, sobre su hogar, la misma advocación.

Hablemos, pues, de Toledo—historia pura y eterna—y de su río inmortal, que en trozos broncos y en etapas mansas lleva, a través de los siglos, un mensaje cristalino, de una a otra de las dos ciudades señeras de la Península: Toledo, la que mira salir el sol por el Oriente antiguo y sagrado, y Lisboa, la que le ve ponerse hacia el Occidente de las tierras nuevas, donde está la humanidad joven y la continuidad de la civilización.

La verdad es que si la brecha material que une al Mediterráneo con el Atlántico y es, por lo tanto, como el símbolo de las dos manos que se estrechan, una, la de la mar mediterránea, llena de gracia femenina, y otra, la del mar de los atlantes, temeroso y viril, está allá abajo en el estrecho de Gibraltar, en cambio, la llave espiritual que enlaza con ataduras más profundas y complejas que las materiales a las dos civilizaciones, está en ambas ciudades insignes y representativas, en Toledo y Lisboa. Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de la Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Cada una de estas ciudades, que viven sonriendo en las playas del mar azul, son una parte del alma inmensa y múltiple que dió por vez primera dignidad superior a la raza de los hombres y que aun hoy sigue siendo su faro mejor. Pero Toledo, lejos del mar, es como la suma y representación de todas ellas.



Toledo no es, como se dice, una ciudad castellana; o, si se quiere, lo es sólo a medias. Castellanas puras son Avila y Segovia, Burgos y León. Lo que Toledo tiene de no castellano, de más que castellano, algo que a pesar de las torpes guías y de los prejuicios literarios perciben bien algunos espíritus de fina sensibilidad, es precisamente su orientalismo, su mediterraneidad.

La ciudad imperial es una enrucijada de corrientes raciales, redoma donde en el fuego lento de los siglos se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones; las que venían del Norte bárbaro, las del Africa ruda e impetuosa, las del místico y lejano Oriente; y, antes aun, las que ya estaban ahí, en la estepa ibérica, cuando vinieron las demás. Pero de todas

estas razas, por las que circulan sus savias peculiares todavía, es, sin duda, la más fuerte la mediterránea. Toledo mira con lo más suyo de su alma, empinada sobre las rocas, hacia el Oriente. Y el paso del estrecho de Gibraltar que separa a los dos continentes es menos brusco, en la tierra y en las razas, que el simple viaje a Toledo desde Madrid. Entre el Manzanares con sus tierras serranas y la Sagra y su Tajo, la distancia espiritual es cien veces mayor que las breves leguas de camino real que los une.

Toledo es la ciudad adelantada del Mediterráneo. Roza a Castilla, sin penetrarla. Diríase que pretendió atravesar España llevando hasta las otras orillas, las que en-

tonces eran el Finisterre de lo conocido, la esencia de la mediterraneidad. Y que cansada, después de atravesar las sierras fragoras y las llanuras sin fin de Castilla, se reclinó en las colinas del Tajo y allí se quedó para siempre, como petrificada, clavada con cinco clavos inmortales, que son las cuatro agujas del Alcázar y la torre de la Catedral.

No alcanzó a ver las playas del Atlántico, pero su nostalgia corrió por el cauce del río y floreció allí donde éste desemboca, en la Lisboa insigne.

En Lisboa, el Oriente es ya como un eco lejano. Todo es en ella deseo de aventura, proyección hacia lo desconocido, espejismo de las Indias occidentales, misterios puros

aun inaccesibles a la sabiduría secular, promesa de las técnicas que han de matar a la meditación; y la meditación es la médula del alma mediterránea y oriental.

El Tajo es como la arteria que enlaza las dos civilizaciones y transmite de una a otra sus jadeos, sus desmayos y sus delirios. Alguien ha dicho que es Gredos la columna vertebral de España. El Tajo, entonces, es la gran aorta del cuerpo peninsular. El más español de nuestros ríos, porque es el más universal. Y he ahí por qué escribo esta tarde: para decir esto, rodeado, en el crepúsculo, del mundo inmenso de espíritus inmortales que pueblan las orillas del río y adquieren realidad milagrosa, todavía hoy, si se los sabe evocar.